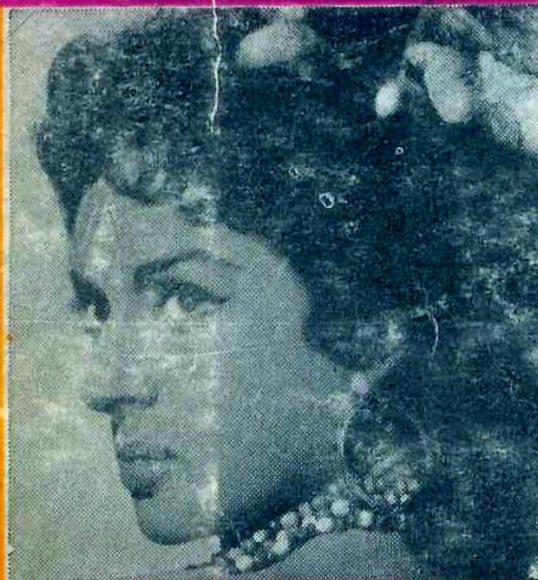
PEQUEÑA HISTORIA DE GRANDES PERSONAJES



MARINO GOMEZ SANTOS

mujeres solas





Prólogo de

RAMON SERRANO SUÑER

PAREJA Y BORRAS, Editores

LOLA FLORES

1

«MI AFAN DESDE PEQUEÑA ERA SER MECANOGRAFA.» – SU PRIMER TRABAJO PARA EL CINE LE VALIO 8.000 PESETAS. – DESDE JEREZ A MADRID A TRIUNFAR

SOL de domingo. Sol de domingo por la tarde. Da respeto pisar la arena endurecida de este solar inmenso que un día fue ruedo de la plaza de toros. Tiene algo de cementerio abandonado este solar. El aire caliente de la tarde retiene en el ambiente olés de antes de la guerra, dichos en tardes de domingo gemelas a ésta, con el sol inconfundible de domingo.

En ningún sitio de Madrid es posible que se note más que es domingo. La luz hiriente hace brillar los cristales rotos esparcidos por el solar. Papeles de periódico y de caramelos ruedan en remolinos, mezclados con polvo y palos. La arena del solar, que debió ser rubia, está ahora oscurecida y sucia, surcada por canalillos que han ido haciendo laboriosamente las lluvias, invierno tras invierno, en este ruedo patético por el que ya no pasan el rastrillo.

En medio del solar hay una feria con tiovivos. Los carromatos, pintados de rojo, de verde y de blanco, echan

humo por las chimeneas de hojalata. Los carromatos donde viven los feriantes tienen también unas ventanitas de cuento de hadas, con visillos blancos. Perros flacos suben y bajan por las breves escaleras de madera de los carromatos.

En una calle estrecha próxima al solar de la plaza hay una farmacia de guardia. La farmacéutica, con gafas y bata blanca, está a la puerta, mirando hacia la feria.

—Sí, señor. La calle de Povedilla es aquella estrecha del fondo, cruzando la feria.

Chicos de todos los barrios próximos están aglomerados en este pueblo portátil de atracciones. Los altavoces lanzan discursos y músicas infernales. Los chicos levantan polvo con los pies, tiran al blanco, chocan en los coches eléctricos, entran en la barraca del gorila y chupan de los caramelos clavados en un palillo.

Allá, en las casas del fondo, en las casas achicharradas por el sol del domingo, vive Lola Flores. Es una calle silenciosa y estrecha. Una callecita breve, muy sevillana. Los edificios son modernos y hermosos, con grandes y uniformes ventanas. Parece que los vecinos de la derecha pueden darse la mano desde las ventanas con los vecinos de la izquierda. Un automóvil enorme llena toda la calle. Es un «Cadillac» verde que quita la cabeza.

La portera de una casa comenta con una vecina:

—Ya ha venido Lola Flores de Barcelona, porque está ahí el coche desde esta mañana.

Las vecinas de la calle deben estar muy pendientes de la vida de Lola. Es la artista de la calle. Cuando estrena una película o cuando debuta en el teatro, deben ir todas las mujeres del barrio con su entradita de general a ver a la artista de la calle.

La casa en que vive Lola es moderna, con portal de espejos y escalera de mármol. La casa está en medio de la calle de Povedilla.

—¿Dónde va, señor?

—A casa de Lola Flores.

—Tercero derecha.

Bueno; la verdad es que ni derecha ni izquierda, porque Lola tiene tomados los dos pisos.

Nos abre la puerta un joven moreno, agitanado, que aparece descalzo, con un niky amarillo y el pelo muy repeinado y muy grasiento.

Esperamos en una sala grande, comunicada con el comedor. Moqueta roja. Vitrinas cubiertas de espejos con porcelanas. Muñecos grandes sobre las butacas. Arañas enormes. Cuadros folklóricos y retratos al óleo de Lola, muy fotográficos.

—Un momento, que Lola está en el baño.

Al otro lado del pasillo se entrevé un bar con barra americana.

Lola aparece con unos pantalones blancos, estrechos, que tienen unas cremalleras a la altura de los tobillos. Sweater blanco, con un enorme collar de colores vivos y una chaquetilla de verano con rayas azules y blancas. Está Lola muy morena. Aparece sonriente, enseñando su dentadura blanca y moviendo mucho sus expresivas manos.

Un perfume fuerte llena las dos cámaras. Es un perfume casi violento, que marea. Un perfume de noche en Tánger con el corazón alborotado.

—Lola.

—¿Qué?

—Hace calor aquí.

—Sí, hace calor. Vamos a abrir, digo yo.

Lola trae álbumes de fotografías y de recortes de Prensa. Los coloca sobre las rodillas; humedece el dedo en la boca para pasar las hojas.

—Tengo «coza» divina. Mire usted: «Lola Flores, el aluvión hispánico», «Lola Flores, la faraonísima», «Aristocracia gitana», «El cetro de la gitanería cambió de mano». Todas inspiradísimas. Mire usted.

Lola nació en Jerez de la Frontera. Su padre tenía un establecimiento de bebidas.

—Me crié muy bien. Cuando tuve dos años, se trasladó mi padre a Sevilla. Por eso yo a Sevilla la quiero mucho.

Lola va a un colegio de monjas.

—Pero mire usted qué cosas, que mi afán desde pequeña era ser mecanógrafa. Después me di cuenta que lo que me tiraba de verdad era cantar y bailar. En casa improvisaba un escenario poniendo sillas delante de las cortinas y saliendo yo entre ellas a cantar y bailar. Entonces se ponían todos de acuerdo para no aplaudirme y yo me tiraba al suelo gritando y pataleando.

El tocadiscos está en marcha. Nuestra conversación tiene fondos de músicas ligeras y frívolas. La radio da de cuando en cuando los resultados de los partidos de fútbol que se están celebrando.

—Mi padre volvió a trasladarse a Jerez, y allí surgió mi vocación de artista. Mi padre se oponía, cuando llegó a Jerez un director de películas que se llamaba don Fernando Mignoni. Entonces ya había salido yo en el teatro de Jerez, que se llama Villamarta, a cantar «Cuna cañí», que en aquella época cantaba Pastora.

El joven del niky amarillo, robusto y silencioso, mira los álbumes de fotografías ajeno a la conversación.

—Jaén, uno; Valencia, cero.

Se percibe a través del receptor de radio el alboroto de la multitud congregada en el campo de fútbol.

—Entonces, el director de cine estaba buscando una gitanilla para la película «Martingala» y le hablaron de mí. Yo fui con mi madre a un restaurante donde estaba ese señor con unos amigos, recité todo eso de «Morena Clara» y me contrataron.

Lola, delgadita, menuda, con el pelo negro y largo como el de un Cristo y los ojos enormes de gitana legítima, se viene a Madrid con su madre para hacer un papelito en los platós y realizar su sueño de artista.

—Me pagaron ocho mil pesetas, fíjese usted. ¡Ocho mil pesetas! ¡Una fortuna!

El maestro Quiroga no tarda en conocer a la muchacha.

—El maestro vio madera en mí y me dijo que podía ser una gran artista.

Lola, que está dándole vueltas a las cuentas del collar mientras habla, le dice al joven robusto y silencioso que quiere tomarse otro yogur.

—A yogur estoy hoy todo el día, para ver si me quito estos tres kilos que me sobran, para empezar a trabajar la semana que viene.

Yogur con una cucharada de miel. Dos grageas de un medicamento.

—Acuérdate que luego tengo que tomarme otras dos.

—Real Sociedad, cuatro; Osasuna, tres.

—Yo le dije a mi padre que vendiera todo lo que tenía en Jerez y que se viniera a Madrid. Le conté que iba a hacer «La Lola se va a los puertos», porque me lo había prometido Florián Rey.

—Pero Lola, y su padre, ¿qué dijo?

—Pues mire usted... Primero se resistió, pero mi madre le dijo: «Fíjate, que la niña va a ganar dinero». Entonces nos vinimos a vivir a un piso de la calle de Juan Bravo.

El maestro Quiroga le gestionó un contrato con Carcellé.

—Me fui en una compañía en que trabajaban Roberto Rey y Manolo.

—¿Qué Manolo, Lola?

—Manolo Bel, con «b» de burro.

—Ya; Manolo Bel.

—Bueno, pues como le digo, me fui con ellos. El público me tocaba las palmas, pero no pasaba nada. Del escenario me iba al camerino, y allí, sola, bailaba por bulerías, y algunos que me veían me decían que eso era lo que tenía que hacer. Porque yo cantaba en el escena-

rio cosas que no me iban. Cosas que cantaban otras artistas.

Llega el fotógrafo Mamegam con afilado aspecto y un puro apagado.

—Podemos hacer una foto con la copa de «Primer Plano».

Pasamos al comedor. Un comedor pequeñito, con vitrinas rinconeras llenas de vasos de plata, de porcelanas y de monedas de todos los países en que ha estado Lola.

—Y ahora podía hacerme otra con la placa que me entregó Lusarreta por ser la artista más taquillera.

Pero no aparece la llave de la vitrina en que está colocada la placa.

—¡Mire usted qué lástima, hombre! Una foto tan bonita como podía ser. Porque es una placa hermosa, toda de oro.

Sillas de estilo forradas de raso azul. Plata. Plata. Plata.

Mamegam le dice a Lola que se descote un poco, para hacerle una fotografía.

—Como usted quiera. ¡Pero «pa» qué, si luego no va a aparecer la fotografía! Son ganas de perder el tiempo.

Pasamos al bar americano. Botellas de Veterano y de Cazalla en las estanterías. Espejitos. Muchas fotografías de artistas clavadas en la pared, como en los colmados de la calle de Echegaray.

—Puede decir usted en su crónica que estoy muy orgullosa de tener en mi casa estas dos fotografías.

Lee en voz alta las dedicatorias, firmadas por Pemán y García Sanchiz.

—Pero yo no sabía que usted... Lola...

—Yo hablo también. Vamos, le hablo al público. Y Sanchiz dice que no lo hago mal.

Más fotografías. Una en que aparece Lola con Manolete, Caracol y Pastora Imperio.

—Aquí están todas las artistas.

Una banderilla sostenida con dos clavitos. Un pequeño capote de paseo. Fotografías de Dominguín y de Miguel de Molina.

—Ahora yo me meto ahí detrás y hago como que preparo un cóctel a lo Perico Chicote, que es muy amigo mío. Y luego me hace otra junto a ese retrato de Manolete.

Volvemos al salón de los muñecos de trapo, junto a la radio, que sigue informando de los resultados del fútbol.

—¿No quiere tomarse otra copita?

El fotógrafo busca nuevos fondos para las fotografías.

—Ahí los dos, en pie.

En la pared está colgado un óleo, un retrato de un muchacho.

—Es mi hermanillo, que se ha muerto. Póngase «asín» para que salga la Macarena.

Más fotografías. Salimos al pasillo. En un cuarto estrechito están los armarios de Lola, armarios empotrados llenos de ropa apretada. Los zapatos están en el suelo, como en un almacén de calzado al por mayor, como en un saldo de una zapatería de Torrijos.

—Bueno, pues lo que le iba diciendo. Que cuando fui con aquella compañía, yo vine a Madrid con la ilusión de hacer «Andalucía». Pero Carcellé me sacó porque había tenido tratos con una artista que se llamaba Conchita Gordon, que ponía el vestuario y que decía que no se preocupase por el sueldo. ¡Vaya, la muchacha con ganas de triunfar! ¡Una cosa «mu» natural!

El muchacho robusto y silencioso sigue absorto en la contemplación de las fotografías. De cuando en cuando Lola le da una orden por lo bajo y él sale por la puerta del fondo, de mala gana, para transmitirla a la doncella.

—Yo me vine llorando por la Gran Vía, que no vea

usted. Llegué a Juan Bravo y me pasé la noche llorando. Pero me decía, mientras tanto: «Algún día me llamará Carcellé para que le cante como una gran estrella». Y así ocurrió más tarde.

—¿Y desde ese momento, qué pasó, Lola?

—Pues que no me quedé sin comer, claro. Pero como mi padre estaba buscando dónde establecerse y yo veía que nos comíamos el dinero de la taberna que había vendido en Jerez, a mí no me llegaba la ropa al cuerpo. Cuando estábamos más apurados se me partió un espejo, y aquella misma tarde me llamó Torremocha para que hiciese un papel en «Un alto en el camino», con Mary Delgado. Llegué a la oficina, firmé el contrato y me dieron doce mil pesetas. Mi madre y yo bajábamos llorando por la escalera. Desde entonces ya no tengo superstición por los espejos rotos, fíjese usted.

El fotógrafo anda loco por los laberintos de la casa buscando la puerta para salir.

—Me fui a trabajar a unos cafés que había en el Norte. Yo iba a cafés de familia, porque mi padre no quería que fuese a cabarets donde tuviera que alternar. Iba conmigo mi madre. Me daban treinta duros y yo bailaba el «Lerele» con el café lleno de público hasta la puerta.

2

«ANTES DE PERDER EL TIEMPO LEYENDO, ME GUSTA HABLAR CON PERSONAS INTELIGENTES.» – LE GUSTA DIBUJARSE LOS MODELOS DE SUS VESTIDOS

UNA mujer con aire oriental, que parece que anda descalza sobre la moqueta, pasa encendiendo luces.

—¿No quiere usted otra copita?

—No quiero otra copita.

—¿No quiere tampoco un cafetito, un té, una coca-cola?

Tomamos un café extraordinario, muy concentrado, un café del color del pelo de Lola, que no se lo salta un gitano.

Hay un momento en que la conversación se desmaya. Siento como una sensación de pérdida de temperatura. Como si uno pudiera desinflarse como un globo de verbena.

Me ocurre con la flamenquería y con lo flamenco algo de lo que me pasa también con el casticismo y lo castizo. Ni uno ni otro resiste una crítica formal, desde fuera. Porque el flamenquismo trae consigo una conducta poco seria, parasitaria, sin filiación fija ni paradero co-

nocido. Y el folklore flamenco adolece de documentación, de aparato científico. Sus cánones son imprecisos, confiados a la intuición interpretativa de cada cual.

No ocurre igual con el folklore regional de Castilla o con el del Norte, que es tradición pura, historia, atavismo, sentimiento y razonamiento.

El flamenco es un folklore bajo palabra de honor.

Del mismo modo que hay que distinguir lo antiguo de lo viejo, hay que utilizar el primer término para calificar las danzas de Castilla y las del Norte, dejando el segundo para lo flamenco.

El casticismo, con toda su matonería, con su alianza evidente con la flamenquería y demás jactancias, al quitarle la luz de gas se pierde. No resiste el sol.

El volumen de un libro podrían formar todas estas reflexiones sobre el tema. Casi todas negativas, por venir de un hombre medio celta, medio castellano, dos procedencias con su documentación histórica de tradición pura, que empieza en el primer día de la creación del mundo.

Por eso se explica que la conversación languidezca. Nada puede haber aquí de comunes pareceres. Sin desdenes, naturalmente, para un género y para una figura populares, andamos con reservas lícitas y nos movemos por distintos y aun opuestos caminos.

—¿Y qué lee usted, Lola?

—Tengo que leer mis guiones por obligación. Además, digo que, antes de perder el tiempo leyendo, me gusta hablar con personas inteligentes, que me ahorran de la prosa donde se escribe «el azul del cielo», «el verdor del campo» y «el piar de los pajaritos». Así voy a lo positivo, ¡digo yo!

Pero no hay que ser exigente. El temperamento folklórico de los flamencos debe ser algo puramente geográfico, como el ser danés o persa, sin que para nada quiera decir que en ello existe fibra sensible e irradiación.

La sensibilidad pertenece a otro orden de cosas.

—Lola, ¿qué es para usted la felicidad?

—Mi felicidad, diga que no es el dinero. Es tener a mis padres, a mi hermana y a todos vivos.

Una felicidad muy gitana. Una felicidad casi de grosera vitalidad, circundada de fatalismos, de claras supersticiones y de fervor religioso, en el que hay más de temor que de amor.

—Puede decir también que Lola Flores es muy devota del Cristo del Gran Poder, que le pide salud para su familia y para todos los suyos.

En ese mundo de los gitanos hay más fetichismo que religiosidad. Sin dudar, claro está, que exista también fe verdadera; es una fe de excepción, generalmente. Porque el gitano entra en la iglesia, más que por íntima convicción, porque le persigue la Justicia.

Sigue la conversación sin continuidad de tema, sin temperatura, sin lograr entrar en laberintos metafísicos.

Aparte de lo que puede humanizar el cultivo inteligente de una vocación, lo que más viene a quedar de los artistas del celuloide es dinero.

—Pero, ¿para qué sirve el dinero, Lola?

—Es muy importante, más que para nosotros mismos, para los demás. Para atraerlos, quiero decir.

—Pero, ¿y el arte, Lola?

El arte folklórico del escenario se olvida en cuanto se baja el telón. Como el fútbol se olvida al abandonar el campo de juego. No trasciende, no llega a depositarse en nuestro sistema emocional, que, con el tiempo, exige ser recreado y repensado. Quizá porque no sea un arte, sino un juego de movimientos, un juego más o menos gimnástico, intrascendente, con música de fondo.

—El dinero, mire usted, da muchas satisfacciones y alegrías, pero da muchos disgustos. Yo he tenido muchos momentos en que hubiese querido ser Mariquita Rodríguez en vez de Lola Flores.

Entra un hombre bajito y menudo con toda una onza de oro colgada del cinturón.

—Es mi padre, ¿sabe usted?

Entra también «Palmita», el representante de Lola. «Palmita», que en sus años mozos fue banderillero con Antonio Márquez y que anduvo por Méjico con Domingo Ortega.

—Yo, del toro me pasé al folklore y luego al cine. Descubrí a Juanita Reina y a Gracia de Triana. Fui diez años representante de Conchita Piquer y luego secretario de Cesáreo González, que me envió como representante de Lola a América.

«Palmita» anda de un lado para otro de la casa como apagando incendios.

En la casa empiezan a entrar gentes diversas que hablan andaluz, que exhiben unos sortijones tremendos y a las cuales no presentan.

—Me gustan los escaparates y las tiendas; pero no puedo, no puedo. Como soy tan popular, me asedian a autógrafos y tengo que meterme en seguida en el coche. Porque, eso sí, que puedo decir que soy la artista más popular de España, sin que eso quiera decir que soy la mejor.

—¿Para qué le ha perjudicado la popularidad, Lola?

—Yo he tenido que hacer muchas cosas que no hubiese querido hacer y, sin embargo, no he podido hacer lo que me hubiese gustado. Quisiera, a veces, sentarme en una terraza de barrio a ver pasar la gente, pero no es posible. También he vivido maltratada por las malas lenguas, pero hay que aguantar, porque para eso es una artista. Y yo le pido a Dios seguir así, interesando, por-

que eso es señal de que sigo siendo siempre Lola Flores.

—Lola, ¿por qué no se ha casado con un torero?

—Porque hoy los toreros se casan con señoritas de sangre azul, y no con artistas, como Rafael el Gallo, que se casó con Pastora Imperio, y Chicuelo, que se casó con Dora «la Cordobesa».

Ocurre, quizá, que el torero ha ido superando su antigua reputación, desde el momento que el intelectual ha sentido interés por los toros y se ha acercado a los toreros. Y mucho también porque los toreros de hoy ya no salen únicamente de Ronda o de Triana, sino que algunos han sido antes universitarios. Lo cual no ocurre con los bailarines o los cantantes de flamenco, que siguen aislados de los medios culturales, quizá porque ellos no inspiren nada a las gentes que pudieran hacerles evolucionar.

—De no ser Lola Flores, hubiese querido ser hombre y ser torero.

De ser torero, Lola hubiese sido un torero muy a lo Curro Girón, con mucho temperamento, muchos «saltos, brincos y vueltas al aire», como ha dicho hace poco uno de los críticos taurinos más finos y cultos, nuestro querido Antonio Bellón.

—Lola.

—Diga usted.

—¿Cuál es su tipo de hombre?

—Mi tipo no se puede decir cuál es. Lo mismo puede ser rubio que moreno. Yo ya sé que es moreno.

—¿Por qué sabe que es moreno, Lola?

—Porque ya lo tengo.

Y entonces mira al joven robusto y silencioso que sigue contemplando el álbum de las fotografías, y en la mirada de Lola hay una sonrisa, y el joven robusto y silencioso pone unos ojos de carnero desollado, y uno coge las cosas en el aire.

Se produce otro silencio. Miguel de Molina habla con

Lola de una película en la que trabaja Carmen Flores, la hermana de Lola.

Se advierte pronto en esta mujer un sentimiento familiar, una conducta humana muy proyectada hacia la familia. Y no es difícil darse cuenta de que Lola Flores tiene un corazón como un hospicio.

Sale su conversación favorita, la conversación de las joyas.

—Me gustan las alhajas. Las tengo porque he ganado dinero, pero no crea que me desvivo por ellas. Más me gusta coleccionar casas.

—¿Coleccionar casas?

—Coleccionar casas, sí, señor. Tengo una en la calle de don Ramón de la Cruz de dieciocho pisos, y todos alquilados.

Coleccionar casas, para un temperamento gitano, como coleccionar joyas, son dos cosas que se explican perfectamente bien. Del mismo modo que un torero quiera coleccionar marquesas.

—La alhaja más buena de todas las que tengo es mi collar de perlas, del que tanto se ha hablado en Venecia.

—¿Y dónde guarda las joyas, Lola?

—En el Banco. Cuando necesito algo, voy, lo saco, me lo pongo y ya está.

—¿Y nunca le han robado, Lola?

—Nunca. Y creo que ningún ladrón se atreva a robarme porque sabe el trabajo que me ha costado ganarlo.

—¿Quién ha sido la precursora de Lola Flores?

—Con mucha diferencia de edad, Pastora Imperio.

—¿Tiene usted imitadores, Lola?

—Dicen que existen algunas artistas que me imitan, pero yo no lo creo. Porque si yo misma no sé lo que voy a hacer cuando salgo, ¿cómo lo van a saber ellas?

Es difícil imaginar qué puede hacer Lola Flores

cuando no está bailando en un escenario. Es difícil pensar en una Lola con zapatillas.

—A mí me gusta mucho andar por mi casa. Andar con mi ropa. Saber qué me voy a poner. Y, además, me gusta dibujar.

—¿Dibujar?

—Sí, señor, dibujar. Dibujo vestidos para mis espectáculos y para alguna película.

Uno piensa qué puede quedar para la historia de la vida y del arte de estas mujeres. No parece fácil predecirlo. Posiblemente, de toda su ancha y vasta popularidad, queda muy poca cosa. De Pastora, sus ojos almendrados en algunos óleos, el movimiento inimitable de sus brazos y la misteriosa y complicada historia sentimental con Rafael el Gallo. De Lola quedará su nombre, su carácter fuerte, algún chascarrillo y una que otra leyenda con joyas por el medio, que también el tiempo se encargará de ir disolviendo paulatinamente.

Las memorias de una mujer como Lola por muy popular y por muy artista que sea, pueden escribirse con letra grande en tres cuartillas. Es verdad que Lola Flores es aún muy joven y que los grandes éxitos de su vida quizá no han llegado todavía; pero lo folklórico envejece demasiado pronto, y la vida personal e íntima no suele ser para contada, porque los ambientes sociales en que se mueven tampoco son tan fastuosos y sus amores no tienen más interés que los de otra mujer cualquiera.

No hay muchas Catalinas de Rusia en la Historia, ni muchas Josefinas. Únicamente tendrán siempre interés, y muy grande, los diarios íntimos y las memorias de aquellas mujeres de mucha vida interior, si aciertan a escribirla.

Ni una voz puede quedar. Porque también las voces se pasan de moda. Raquel Meller, con todo su aire de gato de lujo, con su voz delgada y sentimental, sólo ha conseguido salvar su nombre en la historia del cuplé.

Un nombre con la solemnidad de una lápida conmemorativa en el terreno de su género. Nadie la relaciona ya ni con Gómez Carrillo, ni con la Mata-Hari. De su vida personal no queda nada.

—¿Y usted, Lola, cómo se dio a conocer en Madrid?

—Pues por Jesús Aijón, que le habló a Dionisio Cano para el espectáculo «Cabalgata», donde era estrella Mary Paz.

Dionisio Cano la mandó llamar.

—Me llevaron a la escuela de baile del maestro Quiroga para que me hiciese una prueba. Yo no tenía repertorio de Quintero, León y Quiroga, pero me dijeron que era lo mismo y que cantase lo que quisiese.

El espectáculo constaba de 30 cuadros. Era en el teatro Fontalba. El debut de la artista anónima, Lola Flores, fue incidentalmente en una noche de gala para la Prensa.

—Yo salía, mientras cambiaban los decorados, con un vestido viejo. Como ya le dije que no tenía repertorio de Quintero, León y Quiroga, canté lo que yo sabía mejor, que era el «Lerele», de Monreal. No me imaginaba que aquello era lo que iba a sacarme del anónimo.

Críticas elogiosas de Marquerie y El Tebib Arrumi.

—¡No vea cómo estaban todos, desde Mary Paz hasta...; vamos, todos...!

Allí empezó a ser conocida Lola Flores. Cuarenta duritos todas las noches. Así, durante dos años, la muchacha iba con su termo de café y su pañuelo al cuello todas las noches al teatro.

—Entonces mi empresario, Adolfo Arenaza, quiso ponerme espectáculo, en el que yo sería la estrella, y para eso contrató a Manolo Caracol.

Debut con «La niña de fuego».

—Desde ahí, el público cada día más «entusiasmao». Estuvimos seis años de pareja, formando cada año es-

pectáculo. El último año hicimos «La Niña de la Venta», con Cesáreo González. Aquí nos separamos, porque Cesáreo me contrató por dos años, entregándome los seis millones de pesetas célebres, que tanto dieron que hablar.

En este párrafo solo puede estar comprendida toda una novela. Pero las cosas son muy distintas, según la forma que se cuenten.

Lola y Caracol, Caracol y Lola, fueron una pareja popular, de cuya historia alguien debió escribir un guión cinematográfico. Pero se ve que la mayor parte de las gentes tienen demasiados prejuicios para contar ciertas cosas de su vida, quizá las únicas que tienen interés, y de prodigarse en otras más peligrosas y fáciles, que carecen de él.

—Desde la separación recorrí América entera y trabajé en los teatros, en la televisión y en la radio. Volví a España y me presenté con «Copla y bandera», de Quintero, León y Quiroga. Después volví otra vez. Entretanto, hice catorce películas.

Hago ademán de dar por terminada la primera entrevista, la entrevista del domingo.

—Diga «usté» también que tengo varios «diploma, placa y medalla».

Me acompaña «Palmita» hasta la puerta.

—¡Vaya «usté» con «Dió»!

Fuera, en la feria, las luces rojas y azules de las bombillas aparecen difuminadas detrás del humo que sale de los puestos de churros. No gritan los chicos. No hay chicos en la feria. Apenas queda público rezagado, tres o cuatro grupos de amigos que tiran al blanco. Dos payasos, con la cara enharinada, fuman un pitillo a la puerta de un teatrito.

Ya no trae el aire olés de antes de la guerra. Ya no parece un cementerio de verónicas el redondel de la plaza de toros vieja. Un suburbio de Madrid sí que parece lo que hace veinte años fue ruedo con arena rubia bien

peinada. Un suburbio pintado por Eduardo Vicente, donde pudo haber venido a merendar los domingos Solana, y por donde le hubiese gustado pasear en las tardes de otoño a Baroja.

Lola Flores me ha dicho que no le cabía tanta ropa en la casa de Povedilla y que pensaba mudarse, porque además en este barrio no le gustaba vivir. Pero Lola no se cambiará a un piso de la Gran Vía. No tendría sentido. No se explicaría bien. Porque hay que ser gitana con todas las consecuencias, aunque se trabaje y se gane dinero.

Una de las cosas que a mi entender le fallan a Pastora es que desde que se han puesto otra vez de moda las glorias nostálgicas, no le importa más que tomar el té con millonarios y grandes de España.

Lola, no renuncies a nada. Quédate a vivir junto a la feria de los tiovivos y de los payasos pobres. Una tarde deja tu «Cadillac» deslumbrante y dedícate a pasear por este pequeño mundo. Es posible que todo lo que ya no puedas encontrar en ese paraíso artificial del ambiente cinematográfico y de los collares de perlas, lo descubras en este recinto de caballitos despintados y de pequeños artistas anónimos, que son felices a su manera, y de niños que se acercan con los ojos abiertos al milagro.

Tu marco vital no es otro que éste, Lola. Y no debes abandonarlo.



Lola Flores, toda temperamento y pasión, acrisolando las virtudes y defectos del flamenco en un gesto, en una expresión, captando, en suma, el recóndito misterio de la danza española más popular.







(Arriba, izquierda.) Cuando el famoso contrato de los «seis millones», que la ligó por dos años a Cesáreo González
(Derecha.) Con Federico García Sánchiz, el gran charlista.
Uno de los numerosos trofeos cinematográficos conseguidos por Lola, a lo largo de su fulgurante carrera, llena de éxitos, pero también de desilusiones y amarguras



Lola Flores, en una expresiva actitud, tal como aparece en una de sus últimas películas. Ella es feliz —dice— cuando está rodeada de toda su familia, bastante numerosa por cierto

INDICE